

# Descripción histórica y pintoresca del Templo de San Pablo de Burgos

---

## (Conclusión)

De' antiguo retablo no quedaba vestigio alguno. En el abside o arco, a imitación del Santuario de las primitivas iglesias, debió erigirse un altar de traza gótica como el resto de la iglesia; pero en 1629 se construyó otro del renacimiento, de severas líneas, compuesto de dos cuerpos con cuatro columnas corintias, bien proporcionadas y altísimas, cuyos capiteles, de hojas retorcidas de acanto, sostenían un arquitrabe y friso sencillos, coronando el todo una cornisa llena de molduras.

Entre las columnas veíanse las estatuas de Santa Catalina, la Magdalena, San Pedro y la Crucifixión, ocupando el centro, bajo un arco de plena cimbra, un alto relieve que representaba a San Pablo en el camino de Damasco.

Este medallón, desprovisto de mérito alguno y propio de la época decadente en que se hizo, puede verse aún, con buen trozo del retablo, en la iglesia del Convento de Sta. Dorotea, de Burgos.

Las naves laterales del templo de San Pablo contenían muchas capillas de notable arquitectura, distinguiéndose entre todas, las cuatro más próximas al Presbiterio.

La costumbre de adosar estos cuerpos accesorios a las naves principales de las iglesias góticas, recuerda también los primitivos tiempos de persecución, la era de los mártires, en que los cristianos huían de la luz, al centro de las catacumbas. Allí custodiaban el cuerpo de algún Santo mártir, sobre cuyo sepulcro decían oraciones los fieles, convirtiéndole en altar; altar que se tallaba a lo largo de la galería, en las paredes de toba de aquellos subterráneos, verdaderos semilleros de la nueva idea, que pronto germinó con lozana vida, rompiendo las capas superiores que la ocultaban a la vista, y que, destrozando con la fuerza de su empuje el embaldosado suelo del Clibus Capitolinus, arruinando los ídolos de alabastro de los falsos dioses, que rodaron por el Foro, y levantando gallarda la nueva y bendita planta sobre el frontón griego del templo

de Júpiter, formó con sus ramas en el espacio, el signo santo de la Cruz que había redimido al mundo.

Una de estas capillas, inmediata al Presbiterio y al lado de la Epístola, estaba dedicada al Santo Doctor de la Iglesia, San Gregorio Magno; siendo una bellísima muestra de esa suntuosa arquitectura, nacida en el período de lucha del arte ojival y el renacimiento, mezcla atinada de los esplendores del nuevo gusto, más aparatoso y teatral que bello en realidad, y el recuerdo del pasado estilo, inspirado en la devoción y en el sentimiento cristiano.

Fundóla y dotóla, en 1510 el Ilmo. Sr. D. Gregorio Gallo, obispo de Segovia, según afirma el Doctor Fr. Juan López, escritor coetáneo, si bien un precioso libro manuscrito fechado en 1729 y obra inédita de un fraile mercenario del convento de Burgos, que tenemos a la vista, afirma haber sido fundada por los padres de dicho Prelado, nobilísimos caballeros de esta ciudad.

El blasón heráldico de esta familia se repetía profusamente por los arranques de la bóveda orlada con primorosas labores.

Contigua a esta capilla y formando un todo con ella, se admiraba la sacristía, decorada con una rica colección de lienzos que representaban mártires y santos, debidos al inspirado pincel de Diego Leyva, natural de Haro, fraile Cartujo de Miraflores, de quien dice Ponz en su viaje por España, que si Palomino hubiese conocido sus obras le hubiera colocado entre el número de los españoles ilustres.

Nada tiene de extraño este fundado elogio, porque las pinturas de Leyva acusan un estudio profundo de los grandes modelos de aquella escuela italiana que supo disponerlo todo en el arte con maestría y acierto; escuela sublime de la que Rafael representa el dibujo, Miguel Angel la expresión, Ticiano el color, Perugia el sentimiento cristiano, Corregio la gracia, y Vinci la inspiración.

Unida a la anterior capilla y formando escuadra con ella se extendía otra denominada de las Vírgenes, fundada y dotada por los caballeros Brizuelas, con rico sepulcro en el centro y hermosa verja de bronce que pasaba por una obra maestra del arte.

Cuajada de labores la gran arcada de plena cimbra que daba acceso a su recinto interior, ostentaba en sus fuertes muros, colocaleas figuras, tenantes sosteniendo el escudo nobiliario de los patronos, y profusión de lambrequines en derredor del blasón, que llenaban buen espacio de las enjutas.

En esta capilla había una gran tabla, que recordaba a los fieles la importancia del convento de S. Pablo al enumerar una prolija relación detallada de las reliquias que conservaba el templo. Curioso

cartel cuya relación textual omito por lo larga, no sin dejar consignado que se custodiaban reliquias de S. Pablo, S. Constancio, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Cornelio y San Bernardo, Santa Lucía, Sta. Inés, San Amando, San Lorenzo, Sto. Domingo, San Sebastián, Sta. Rosa de Lima, del Santo Sepulcro y de las once mil vírgenes, traídas estas últimas por el M. F. Pablo de la Vega, con permiso del Pontífice Alejandro IV.

Al extremo opuesto del Presbiterio y lado del Evangelio, alzábanse otras dos construcciones de fundación particular: la Capilla de Ntra. Sra. del Rosario, erigida por la piedad de los caballeros Salamancas y la de Santo Domingo.

Sencilla, pero de correctas líneas la primera, admirada por la imponente altura del cierre de su bóveda, cuyos nervios, al unirse en la clave, ostentaban el blasón de los fundadores. Dos airosas ojivas, de columnas pareadas, daban luz a su recinto espacioso, dentro del cual y sobre un buen retablo del renacimiento, la devoción a la Virgen, había colocado una imagen de la Madre de Dios y a sus costados las estatuas de San Vicente Ferrer y Sto. Domingo, terminando el segundo cuerpo por un grupo de la coronación de la Virgen, rodeada de hermosos ángeles.

Una arcada primorosa con cairel afiligranado y por cuya archivolta corrían multitud de imágenes de ángeles, santos y confesores, cerraba la grande ojiva de la Capilla de Sto. Domingo de Guzmán. Esta portada, del gusto más acabado del tercer período gótico, era en verdad una joya del templo de San Pablo.

Un buen retablo contenía la imagen del Santo Fundador, en tamaño natural y a los costados, santos de la Orden, coronándolo todo un lienzo del Patriarca San Francisco, de rico pincel.

La nave lateral izquierda, donde estaban las capillas de que hemos hecho mérito, con otras muchas de menos importancia que ocupaban los huecos de las seis grandes entre-ojivas en que se dividía el templo, se destinaba para cementerio de los monjes, y se construyó a expensas del Ilmo. R. P. Diego de Mardones, hijo del mismo Convento.

Las capillitas accesorias a que hemos aludido, se debían a la piedad de nobles familias como los Mirandas, Lizcanos, Girones, Pardos y Maluendas, cuyas lápidas sepulcrales, de mármoles variados y alabastro, recordaban sus nombres y títulos y la fecha de su enterramiento.

Reformado en diversas épocas este monumento, ofrecía ancho campo a la investigación y estudio del arqueólogo y no poco digno

de censura para los amantes de las reglas severas del arte. Pero este defecto, propio en general de la arqueología española, obedecía a mil causas cuyo influjo no pudo eludirse fácilmente.

El profundo sentimiento del arte y el respeto a las glorias patrias, que es un instinto en ciertas naciones como Italia, ha sido causa de que lleguen hasta nosotros con pureza irreprochable las construcciones de época más remota, admirándose hoy, en aquella tierra clásica del buen gusto, templos como el de San Miguel del Orto, en Florencia, el Duomo de la misma ciudad, la Catedral de Milán, San Bernabé de Torcello, en Venecia, y mil ejemplares que pudiéramos citar, sin ninguna alteración en su fábrica, habiéndose respetado con escrupulosidad nímia el estilo y carácter general del templo al restaurarse alguna parte que exigía reparación o compostura.

Vienen a nuestra imaginación tales ideas al recordar la reforma que hizo a sus expensas en la iglesia de San Pablo, el M. R. Padre José de Torres, siendo prior del convento, en 1693.

No contento con blanquear las naves, hizo desaparecer la antigua portada gótica y torre del templo, sustituyéndose por una fuerte espadaña de tres cuerpos, con frontón y pilastras dóricas, coronada para mayor extravío, de nueve chapiteles de espárrago, propios del estilo ojival.

Entonces se pensó en construir un coro sobre el primer cuerpo de la Iglesia, y más tarde se llevó a efecto, adornándole con buena sillería y una hermosa colección de lienzos que representaban los triunfos de la Orden de Predicadores, costeado todo por don Cristóbal de Miranda, Provincial de la Orden y prior del convento en 1729.

Bajo el arco de contención que existía a la entrada, veíase una buena ojiva con blasón regio regio sobre su cimbra. Era la entrada del claustro construido por el Ilmo. Sr. D. Pascual de Ampudia, notabilísimo personaje de su tiempo, confesor y consejero privado del rey don Carlos II, y cuyo escudo nobiliario se reproducía en todos los arcos.

En la reforma que sufrió el monumento en 1693 desapareció el carácter antiguo de los claustros, que fueron decorados después con pinturas de Juan del Valle, vecino y natural de Burgos.

Para terminar estas noticias, recordaremos que la reina doña María, mujer del rey don Sancho el Bravo, costeó el dormitorio del convento, dependencia tan capaz, que pasaba por ser el salón de mayores dimensiones que había en Castilla.

Las armas reales campeaban sobre el muro, y una lápida de ca-

raíces góticas enumeraba varios privilegios firmados por dichos Reyes en 1301.

Por todas partes este monumento reflejaba su grandeza y suntuosidad. En sus sepulcros podía leerse la historia de las generaciones pasadas, y los relieves y figuras alegóricas que abundaban por naves y capillas hablaban al corazón y a la inteligencia por medio de un lenguaje simbólico propio del carácter general de la arquitectura gótica».

### III.

Algunos años han transcurrido desde que mi visita a las ruinas de San Pablo me inspiró el deseo de escribir la relación que antecede.

Desde aquella época he vuelto, en repetidas ocasiones, a contemplar los melancólicos restos de tanta grandeza, prefiriendo siempre, por un sentimiento natural de íntima complacencia, frecuentar las ruinas cuando los trabajos de la demolición se hallaban suspendidos.

Conzaba entonces en vagar por aquellas naves desiertas y meditar ante la mole de sus muros, cubiertos de oscuras manchas verdosas que la humedad había impreso en los rincones más sombríos.

De los hacinados escombros desprendidos de la bóveda, surgían aún muchas esbeltas columnas, y algunos enterramientos de personajes ilustres servían de fogón a los obreros, que sin aprensión de ningún género, ennegrecían los bajo-relieves de mérito de un lucillo del Renacimiento, remontado por esbelto blasón heráldico.

El viento, girando en torno de tanta desolación, remedaba largo momento al silbar furioso por los huecos de las ruinas. En mi exaltada fantasía creía distinguir claramente un gemido de protesta de los cien muertos ilustres que yacían sepultados bajo los escombros de la Iglesia al amparo de la religión, o un eco débil de las mil plegarias que habían llenado aquellos ámbitos durante seis centurias.

La arista que acusaba el gran arco del Presbiterio manteníase en pie por un milagro de equilibrio, amenazando desplomarse a cada momento como el brazo de un gigante que amagara aplastar con su peso al temerario obrero.

Durante muchos meses se alzó imponente aquel punto de la bóveda desafiando el furor de los vientos.

Por fin, un día rodó hasta el fondo, y más tarde los demás sillares de la ojiva fueron cayendo uno a uno.

De este modo, en el trascurso de pocos años, las ruinas de San Pablo desaparecieron enteramente hasta quedar reducidas a una de-

pendencia accesoria, que aún subsiste en pie como fiel testimonio que dice al artista y al arqueólogo con elocuente voz dónde estuvo situado el antiguo e histórico templo.

Nuevas construcciones rodean a estos últimos restos y los envuelven poco a poco como una marea creciente. Mañana ya no existirán, y el lugar que ocupó la iglesia de San Pablo habrá desaparecido para siempre.

ISIDRO GIL.

Burgos, 1879.